

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL

EN EL TEATRO DEL TIVOLI

de Villanueva y Geltrú.

Recibid, queridos correligionarios, el más cariñoso saludo. Recibido como federales y como hombres que amais el trabajo. Como amantes del trabajo digo, porque para mí el trabajo es la virtud suprema. El trabajo no solo es fuente de riqueza, sino también dignificación del hombre. Por él se va del estado salvaje al estado culto. Por él se llega al conocimiento y al dominio de la naturaleza, por él se penetra en las mismas regiones del arte.

No comprendo, á la verdad, cómo los gobiernos no dedican al fomento del trabajo toda la atención posible. Que no lo hacen nos lo revelan elocuentes cifras. De ocho millones de hombres que arroja el último censo, hay dos millones que no son ni propietarios, ni labradores, ni artesanos ni industriales, ni hombres de letras. Dos millones que no contribuyen al desarrollo de la riqueza pública sino en el concepto de consumidores.

El Estado absorbe para sus oficinas cerca de cien mil hombres; para su ejército, de ciento cincuenta á ciento sesenta mil; para el culto, cuarenta y ocho mil, sin contar las hembras. Añadid á esto las clases pasivas; veintiocho mil militares y diez y siete mil hombres civiles.

Para contrarrestar este mal, ¿qué hacen los gobiernos? Gastar en el clero y en el ejército lo que deberían invertir en aumentar las vías de comunicación y canalizar los ríos. De cincuenta millones de hectáreas que contiene la tierra de España, solo nueve millones noventa y nueve mil son de regadío. Así, cada hectárea y media en la península no produce sino ocho hectólitros de trigo, cuando en Francia produce hasta quince. Así Francia, con un territorio poco más ó menos de la extensión del nuestro, mantiene de treinta y siete á treinta y ocho millones de habitantes, cuando nosotros podemos sustentar escasamente diez y siete millones, según acredita la creciente emigración de nuestros compatriotas á las costas de África y las Repúblicas de América.

Necesitan de capitales la agricultura, la industria y el comercio, y el Estado lejos de procurárselos se los arrebató. Impone crecidos tributos sobre la propiedad y todas las manifestaciones del trabajo, y no grava con un sólo centimo los títulos de la deuda pública. Puede un hombre tener en valores de la deuda una inmensa fortuna, sin que pague otras contribuciones que la de consumos y las cédulas personales. Este privilegio lleva naturalmente los capitales á las rentas del Estado, hoy de pago seguro, y los distrae del trabajo, cada día en más angustiosa situación y en más inminente ruina.

Imposible parece que los gobiernos se enorgullezcan del alza de los valores públicos y se considere signo de prosperidad y de grandeza. Esta alza es precisamente la que más acredita el estado de la agricultura, de la industria y del comercio, estado que aleja los fondos que debían nutrirlos y vigorizarlos. Es debida la alza al privilegio que acabo de indicar y debida también á cabales y manejos de sociedades, ya extranjeras, ya nacionales, que juegan sin remordimiento con la suerte de la patria.

El Estado debería, por otra parte, combatir todo medio de ociosidad y de vagancia, destruyendo toda esperanza de enriquecerse por otro camino que el del trabajo. Hace precisamente lo contrario. Abre aun á las modestas fortunas la puerta de la Bolsa y atrae á su lotería aun el óbolo del pobre, persigue el juego y dicta para estirparlo una y otras circulares. Todo en vano. ¿Qué autoridad ha de tener para combatir el juego el que toma el juego por fuente de ingreso, el que busca en el movimiento del alza y baja del juego su ventura y su crédito?

Se juega por otro lado en los grandes Casinos; del juego viven y con el juego alimentan su escandaloso lujo. ¿Cómo no han de jugar los de abajo, viendo que juegan impunemente los de arriba? En esos grandes Casinos están muchos de nuestros prohombres.

No es esto lo peor. Temo que se nos lleve á nuevas aventuras, cuando las pasadas fueron causa de la postración en que antes vivíamos y motivo de nuestro poco amor al trabajo. Vivimos en un rincón de Europa, y no tenemos afortunadamente en las contiendas que la desgarran. Nada tenemos que temer de nuestros vecinos: ni de Portugal por lo exiguo, ni de Francia por las grandes y estrechas relaciones que con ella nos unen. A pesar de esto, es indudable que se da aquí grande importancia á las necesidades de la guerra. Del año 63 al 73, dejando aparte las quintas extraordinarias que exigió la guerra de D. Carlos, los reclutamientos no pasaban nunca de 40.000 hombres. Del 73 acá el reclutamiento menor ha sido de 45.000, el mayor de 70.000. No contentos con haber aumentado la cifra del ejército, hemos establecido dobles reservas, llevando á la primera á todos los jóvenes de diez y nueve años que no entren por sorteo en el ejército activo. Cabe aun la sustitución y la redención; pero los reducidos entran en la primera reserva. ¿Qué significa este inmotivado alarde de fuerza? No hablaré del aumento de gastos en el material de guerra; baste saber que del año 81 al 84 el presupuesto de guerra ha subido de 143 á 152 millones. ¿Se tratará de hacernos tomar parte en las futuras guerras?

Se dirá que las guerras en España no están ya en uso; mas conviene recordar que del año 60 acá hemos llevado nuestras armas á las vecinas costas de África, á las de Santo Domingo á las de Méjico, á las del Perú y la Cochinchina. Faltó poco para que nos metiéramos en la guerra de Oriente. El espíritu aventurero bulle en el fondo de nuestra alma, y no hay que excitarle mucho para que se arroje á las más infuendadas empresas. El año 1870, como todos vosotros recordais, estalló una guerra

entre Alemania y Francia. Francia fué vencida y Alemania tuvo la crueldad de exigirle 4.000 millones de francos por indemnización de guerra y arrancarle las provincias de Alsacia y Lorena. Este hecho ha traído la Europa á un estado de guerra peor del que nunca tuvo. Francia se ha armado de pies á cabeza, y Alemania, temerosa de la actitud de su rival, no encuentra nunca bastantes ni los soldados ni las armas de que dispone. Hoy, más bien amenaza Alemania á Francia que Francia á Alemania. Quisiera, si pudiese, descuartizar á su enemiga, hacerla girones y repartirla como se repartió á la infortunada Polonia.

Ha creído perfectamente Alemania que en el caso de llevar á cabo su intento podría tropezar con la liga de toda la raza latina, y procura desde mucho tiempo que las naciones latinas se miren con prevención y con odio; quiere á toda costa divorciarlas. De Italia lo ha conseguido ya. La ha hecho entrar en sus alianzas y la ha divorciado de Francia. Italia, hasta con gran menoscabo de sus intereses, se ha negado á firmar con Francia un tratado de comercio.

Véase ahora la conducta que sigue Alemania con España. Aduló á D. Alfonso mientras vivía, y cuando D. Alfonso visitó al emperador Guillermo recibió del emperador el despacho y el uniforme de coronel de un regimiento de huanos, regimiento que se hallaba en Strasburgo. Buscó Alemania páfidamente un medio de enemistar á España con Francia, y para mejor comprometer á España hizo devolver la visita á D. Alfonso por el príncipe heredero, alegando que no lo hacía en persona por no consentirlelo sus muchos años.

Vino después la cuestión de las Carolinas, y á pesar de haberse quemado en una plaza pública de Madrid el escudo de armas de Alemania, Guillermo se mostró con España benévolo y prudente, entregando la cuestión al arbitraje de León XIII, por suponer que el papa había de ser para la católica España un juez irrecusable.

Esas pruebas de amistad de monarca que pretende ser el terror de Europa, algo dicen y significan.

Alemania por otra parte, no ha dejado de deslizar en los oídos de nuestros Gobiernos, ya la esperanza de que España se eleve al rango de potencia de primer orden, ya la posibilidad de que en el aniquilamiento de Francia recobre nuestra nación las tierras que perdió más allá de los Pirineos. ¿Habrán dado oídos nuestros Gobiernos á tan páfidas sugerencias? Por de pronto hemos visto á los actuales ministros, á pesar de ser hijos de la revolución de Septiembre, negándose á la representación oficial de España en la próxima Exposición francesa que ha de coincidir con el centenario de aquella inmortal revolución de 1789, que dió á la humanidad las nuevas tablas de la ley y formuló los principios que hoy constituyen el régimen político de todas las naciones cultas. Ha seguido en esto nuestro Gobierno la conducta de las viejas monarquías del Norte, como si se tratara de recordar en París la muerte de Luis XVI ó la proclamación de la República.

Conviene que vivamos alerta y no nos dejemos llevar á empresas contrarias al interés de nuestra nación y nuestra raza. Estoy por la neutralidad; pero no vacilo en declarar que si algun día hubiésemos de terciar en las contiendas entre Alemania y Francia, deberíamos ponerlos resueltamente al lado de las armas francesas. Nos ligan con Francia la comunidad de raza y aun la de lengua, ya que la suya y la nuestra tienen por madre común la antigua lengua de Latío. Nos ligan además con Francia la vecindad de territorio y nuestras crecientes relaciones de comercio.

¿Que puede ofrecernos Alemania? ¿Tierras más allá de los Pirineos? ¿Para qué las necesitamos si no acertamos á cultivar las nuestras? Nosotros no necesitamos ni de más tierras en el continente ni de más tierras en lejanas islas. ¿A qué más colonias si no sabemos gobernar las que poseemos, y gracias á nuestra torpe política se nos escapan de las manos?

Nuestras relaciones comerciales con Alemania distan de sernos ventajosas. El año 1884 importó Alemania por valor de 88 millones de pesetas, y nosotros exportamos poco más de 7 millones. En cambio Francia importó 194 millones y nosotros 254.

Es verdaderamente triste lo que pasa en Europa. Como en los siglos XV y XVI, vivimos bajo el régimen de la fuerza. Colón al desembarcar en América, hincó en el suelo el estandarte de Castilla y ante escribano tomó posesión de la tierra que había descubierto y se descubriese como si fuera suya. Para nada tuvo en cuenta á los indígenas: á sus ojos el derecho de posesión lo daba el simple descubrimiento. Hacemos hoy en Africa lo que ayer en América. Se reparten las naciones de Europa aquel vasto territorio como si fuera suyo. Otro tanto sucedió con las Carolinas. Disputábanse Alemania y España cual de las dos había de poseerlas, sin otra averiguación que la de cuál había sido la primera en hincar allí sus pendones. ¿Consultóse tampoco para algo la voluntad de los indígenas?

En nuestra misma Europa las depredaciones continúan como en otros tiempos. Prusia se apodera de Hannover y de una de las ciudades anseáticas. Alemania ocupa después la Alsacia y la Lorena. Rusia avanza sin cesar por las regiones del Asia, y después de haber tomado las del Norte amenaza las del Mediodía.

Para la constitución y la reconstitución de las naciones, preciso es reconocerlo, no hay más que dos medios: la fuerza ó el contrato. Si no se quiere la fuerza hay que aceptar nuestro principio y dejar que los pueblos se agreguen ó disgreguen por su mútuo consentimiento. La monarquía universal fué un sueño á pesar de haber sido genios militares y políticos Alejandro, César, Carlo Magno, Napoleón. Fracasaron todos en su empeño. Fracasó tambien la Iglesia cuando en los tiempos de Ildebrando, quiso recoger bajo la tiara de los pontífices los pueblos todos de la tierra. La federación es en cambio posible, aunque no se realice en siglos. Es posible, digo, porque uno sin destruir la autonomía de los pueblos unidos, sin quitarles ni la lengua, ni las leyes, ni la religión, ni las costumbres, ni las instituciones que los caracterizan y los enlaza solo por el vínculo de los comunes intereses.

Nosotros, para hacer más fecundo y posible este principio, queremos empezar por reconstituir sobre él la nación de que formamos parte. Por esto aspiramos con todas nuestras fuerzas á reorganizar la nación, declarando autónomos en lo que á su vida interior corresponde, así á las regiones como á los municipios.

# DISCURSO

pronunciado por

D. Francisco Pí y Margall

en la inauguración del

Círculo Federal de Sabadell.

Queridos correligionarios: Grande satisfacción es la mia al inaugurar este Círculo Federal. No os habeis contentado con hacer una modesta casa en que reuniros y celebrar vuestras populares fiestas; habeis levantado todo un monumento con hermosa fachada, ancho peristilo y ricos salones de artesonada bóveda. Esto revela lo que puede la asociación, un buen régimen administrativo, el espíritu de ahorro, la constancia y el amor al arte y al trabajo.

En este monumento os reuniréis en adelante, os comunicareis vuestros pensamientos y vuestras dudas y las resolveréis por la mútua y amigable controversia. En este monumento recibiréis á los demás federales, bien vengán de vecinas, bien de apartadas tierras. Con orgullo podreis mostrároslo, sobre todo si marchan aquí unisonos vuestros corazones y de acuerdo vuestras ideas. Si algun día naciese entre vosotros la discordia, en este templo habrais de venir á deponer vuestros rencores y daros el fraternal abrazo que ha de unir á todos los federales y á todos los hombres de la tierra.

Aquí estudiareis también todos los problemas que tiene la humanidad para que nunca se duerma y marche incesantemente á la realización de sus destinos. No os asuste problema alguno: estudid y resolved así los políticos como los económicos, así los científicos como los literarios y los artísticos.

Aun dentro de nuestro sistema queda algo que estudiar. Todavía hay quien duda de que conviene ó no reconstituir las antiguas regiones; demostrad á los dudosos que no pueden vivir en regiones separadas hombres que hablan la misma lengua, guardan las mismas costumbres, se rigen por las mismas leyes y están unidos por una larga historia. Todavía hay quien dude de si debemos ó no conservar en todo su absolutismo los derechos individuales; haced presente á los dudosos que los vencedores de hoy pueden ser los vencidos de mañana y sería hoy imprudente que negásemos á nuestros adversarios lo que deberíamos reclamarles mañana para reponernos de nuestra derrota; añadidles que la libertad que no es igual para todos no es verdadera libertad.

Abordad luego los problemas sociales. Todavía hay hombres que cultivan todos los años de su vida la tierra, sin que hayan podido adquirir; todavía hay hombres que labran ricas obras de arte, sin que jamás puedan hacerse con ninguna de las que salieron de sus manos; todavía hay hombres que, después de larga vida de sacrificio y de trabajo, tienen por todo consuelo de su vejez el hospital ó el hospicio; todavía hay hombres, y muchos, que con no disponer sino del jornal para el sustento suyo y el de su familia se ven frecuentemente arrojados del taller por las crisis económicas y aun por simples caprichos de la moda. Estos males necesitan remedio. Locura de las locuras creer que se los puede cortar de repente y llevar las clases jornaleras al estado de seguridad que justamente desean. Las sociedades no son como el hierro fundido que puede tomar la forma del molde en que el forjador lo arroja; oponen, por lo contrario, una vigorosa resistencia á todo género de reformas sociales. Bueno es que tengan sus ideales las clases jornaleras y aspiren á realizarlos con toda la vehemencia del que sufre; pero ha de tomar en cuenta que no es posible realizarlos sino por una serie de etapas y progresos que las vayan elevando á las clases cuya suerte envidian, tal vez sin conocer los vaivenes y las amarguras que la acompañan.

Procurad mostrar á esas clases trabajadoras el camino que deben seguir para su emancipación y haciedes sobre todo ver cuán erradas andan abandonando el terreno político. Enseñadles cómo se hicieron dueñas y señoras de la sociedad las clases medias. Lucharon por conquistar el poder y para conseguirlo no vacilaron en esgrimir sus armas contra la monarquía y la nobleza. Ya que hubieron conquistado el poder decretaron la desvinculación de las tierras que los nobles poseían y la desamortización de las que había en manos de la iglesia; tierras que, juntas, componían los dos tercios de la de España. Se hicieron por este medio propietarias, y á fin de que nunca pudieran volver á caer bajo el yugo de la aristocracia ni el de la iglesia, suprimieron los señorios y los diezmos. Si hubieran huido del terreno político, ¿serían hoy las clases dominantes? Los jornaleros, por la política han de conseguir lo que pretenden.

No esquivéis tampoco el problema religioso. Dudan muchos padres sobre la conducta que han de seguir con sus hijos: si hacerlos entrar desde luego en el seno de la iglesia del Estado,

ó si han de imbuirles ideas contra todas las religiones positivas. Debeis decir á los dudosos, que lo prudente es inculcar desde luego á los hijos que deben ser buenos, no por la esperanza de un bien futuro ni por temor del castigo, sino porque lo comporta y exige su naturaleza y las relaciones necesarias que los unen con los demás hombres; que lo prudente es enseñarles la virtud por el ejemplo, hacerles adquirir el sentimiento de sus deberes, vigorizarles de día en día la conciencia, hacerles ver que su interés y el interés de sus semejantes, está en que cada hombre ponga al bien propio, el bien público; que lo prudente es apartarlos de todo género de supersticiones, enseñarles la razón natural de los fenómenos de la naturaleza, levantarles la razón hasta el conocimiento de las leyes que rigen el universo; que lo prudente es, por fin, demostrarles que en la razón, y solo en la razón, existe el principio de toda verdad y el fundamento de toda belleza.

Al recordar á los misioneros que parten á pueblos salvajes con el fin de enseñarles el evangelio, al paso que admiro su valor, no puedo dejar de compadecerlos, atendidos los escasos resultados que les ha de dar su peligrosa tarea. A esos pobres salvajes no hacen más que hacerles cambiar de supersticiones; les embrutece, no les aclaran su ya oscuro entendimiento. Creen los salvajes más en el diablo que en Dios, porque no pueden atribuir sino á un sér malféfico los males que los afligen, los rios que les inundan los campos, el mar que se embrabece y les arrebata su misera canoa, las enfermedades que les debilitan el cuerpo y el espíritu, la, para ellos, incomprensible muerte. El misionero, lejos de destruirles esta superstición, les ha de afirmar la existencia del diablo y se la afirma hasta el punto de esforzarse en persuadirles á que el diablo les sugirió el culto á los falsos ídolos. No les puede dar un concepto claro ni de Dios ni de los dogmas que á él se refieren. Les ha de inculcar una multitud de milagros que le hacen vacilar sobre la persistencia de las leyes de la naturaleza y una multitud de misterios incomprensibles para los hombres cultos, cuanto más para los salvajes. En realidad, no consigue más que sustituir un fétiche por otro fétiche, y unos amuletos por otros amuletos.

No imitemos á estos infortunados misioneros; dejemos que la razón de los niños se desenvuelva y, ya madura, los lleve al culto de Dios ó al de la razón humana.

No debemos ser, por otro lado, intolerantes con los que, bien por una fé natural, bien por una fé adquirida, se prosterguen ante Mahoma, ante Jehová, ante Brahma, ante Zoroastro ó Confucio. La Libertad de conciencia es la primera de las libertades, ya que sin ella no puede menos de condenarse morir al pensamiento. Condenar el pensamiento á moverse entre los muros de las religiones positivas, es lo mismo que condenar al águila á batir sus alas dentro los hierros de una jaula.

Tampoco es para olvidado el problema filosófico. Ese Dios que buscaron todas las religiones y todos los filósofos, no es ocioso averiguar si es un ser personal, como quieren los sacerdotes, ó un espíritu sutil que penetra todos los seres y en todos vive y se muestra, como han pretendido tantos filósofos, ó no es más que la fuerza que agita la materia, la amasa, la transforma, la pone bajo la acción atractiva de otra masa superior y la hace rodar en inmensas órbitas alrededor de los esplendorosos soles que pueblan el firmamento.

El hombre no es tampoco inútil investigar si tiene ó no otra luz ni otro guía que su propia razón; razón, á mis ojos, soberana. Las relaciones del hombre con la naturaleza, ¿cómo ha de ser tampoco innecesario examinarlas?

En la naturaleza debeis poner constantemente los ojos. En el seno de la naturaleza están todos los elementos de vida y de trabajo, en él se conforta nuestro espíritu la perdida calma, en él encumbamos el vuelo de la fantasía y la llevamos á las regiones del arte. Sus fuerzas son las que nos han servido para multiplicar las de nuestras facultades y las que nos sirven para poner en movimiento así las locomotoras como las fábricas. A fuerza de dominarlas romperemos los límites de nuestros sentidos y de nuestros músculos y llegaremos á ser completamente libres. ¿Cómo la habríamos de dominar si no la estudiásemos y procurásemos arrancarle sus más íntimos secretos?

El mismo arte debe preocuparos. El arte es lo que más eleva nuestros sentimientos, lo que arrebató los pueblos á esas luchas santas en que se deciden los destinos de nuestra especie. Fomentarle, es elevar á la mayor elevación posible nuestra cultura. Debeis fomentarle y hacer que se lo fomenten. Debeis hacer más: debeis cultivarlo. El arte se hace hoy industria, la industria arte, y llegará tal vez día en que una y otra se confundan. Ya hoy aquella industria prevalece que más tiene de arte. No contribuye poco esto á la supremacía de la industria francesa en muchos de sus ramos.

Vuestro Círculo, queridos correligionarios, es, además de federal, instructivo. Procurad que bajo este concepto llene las condiciones que las modernas necesidades exigen. El hombre no es sólo inteligencia, sino también actividad y sentimiento; haced que en vuestros alumnos tengan las tres facultades igual desarrollo. Solo así cumpliréis la tarea que os habéis impuesto; que desarrollard la inteligencia y dejar sin dirección el sentimiento y la voluntad, es no pocas veces abrir al hombre las puertas de la inmoralidad y el crimen.

No me queda ya más que despedirme de vosotros. Llevaré de Sabadell grato recuerdo. No olvidaré nunca que habeis levantado al partido federal y al arte español un monumento que os honra.



